

TERESA CARREÑO



La Habana 1863



Boston 1863

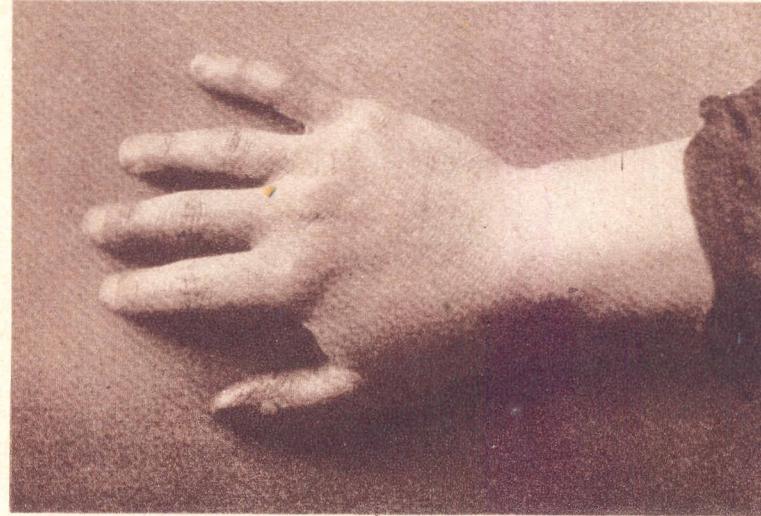


Cincinnati 1864



Nueva York 1864

Teresa Carreño, deliciosa niña con la gracia de su gracia.



Predestinada mano de pianista.

Flor y Fruto de Música

Por EDUARDO LIRA ESPEJO

NO es la mujer caraqueña envuelta en el mantón tradicional, ocultando su divino rostro. Mantenido recuerdo morisco hispano de dos ojos inquisidores que atisban detrás de la ventana típica y ornamental. Esta ventana y otros detalles jay.....! perdiéndose en Caracas y su carácter. No es de la estirpe de aquellas mujeres de temblorosas manos especializadas en repostería de merengues y biscochos, de alfajores y bienmesabe, pastillas y alfeñiques, que hacían o hacen las delicias de hogares respetables y tranquilos.

Esta mujer, de quien con seguridad me hubiera enamorado con euforia, de haberla conocido, mostró su rostro a todas las luces. En él, de una belleza imponente como imponente era su talento, estaban reunidas para formar una luz única, todas las luces sorprendentes de su espíritu.

Sus manos adorables y adoradas por miles y miles de personas...

familia y tradición, con esos viejos maestros. Autores de partituras, nunca lo bastante admiradas, por nobleza y calidad de sus músicas. Papeles amarillentos inquietando de temblor las manos al querer descifrar sus notas y decir. Y al mostrarse corpóreas, en voces humanas y timbres de orquesta, el espíritu se agita nutriéndose en intimidad de genio.

Tal vez las mismas obras que aromaron el apacible ambiente cuyo paisaje, —naranjales y cromático colorear de trópico—, golpeaba en el pecho de montaña y gran señor, — El Avila—, en la hacienda de don Bartolomé Blandin. Allí esas músicas se hermanaron con las de Haydn y Mozart. Lo mismo que sus aromas se mezclaron con la fragancia irresistible de la primera taza de café servida para el padre Sojo y sus amigos. Y entre los amigos del padre Sojo, sangre y vértebra de la música de Venezuela se contaban a José

PREDESTINADA EN SU MUNDO.

Sus padres advirtieron, teniendo la niña meses de edad, los síntomas inequívocos de la vocación musical. Alborozados y tiernos, alegres y maravillados, soltaron el lazo de la fantasía, subrayando el más insignificante detalle, pero sin haber malogrado nunca el talento y genio de la hija en cuya frente una estrella tenía brillo de metales preciosos.

Contaban a todos los que los quisieran oír lo gracioso de la gracia de la pequeña de sus desvelos. El movimiento rítmico de la cabecita y manitas, cuando se hacía música. El silencio y atención en el escuchar partituras, como si estuviera aprisionada en sutilísimas redes invisibles. La escogencia y preferencia de juguetes que sonaran, o por lo menos, contribuyeran a la zalagarda infantil, dulce tórmen

ella. Primero fueron los ejercicios escritos por su propio padre. Consultaban progresivamente todas las dificultades pianísticas. Después, los imprescindibles, —Czerny y Bertini—, en todos los estudiantes del piano, hasta llegar a Bach, Beethoven y atacar a los virtuosos, Chopin y Liszt, ya en plano de concertista verdadera.

FRAGILIDAD Y VIGOR ANTE LOS PUBLICOS.

El mundo debía conocer este prodigio. La niña pianista venida de tierras venezolanas. De orquídeas y revoluciones bárbaras. De luz clarísima, definiendo formas y colores de vibración esplendorosa. De política agresiva y enmarañada, en obscuridad de decenas y decenas de años. El público de Nueva York el 25 de Noviembre de 1862, queda en pasmo ante el talento, elegancia y genio del infantil



Cincinnati 1864



Nueva York 1864

Teresita Carreño, deliciosa niña con la gracia de su gracia.



hijos sufrieron de la delicada caricia de esta incomparable.

Flor y Fruto de Música

Por EDUARDO LIRA ESPEJO

NO es la mujer caraqueña envuelta en el manto tradicional, ocultando su divino rostro. Mantenido recuerdo morisco hispano de dos ojos inquisidores que atisban detrás de la ventana típica y ornamental. Esta ventana y otros detalles ¡ay.....! perdiéndose en Caracas y su carácter. No es de la estirpe de aquellas mujeres de temblorosas manos especializadas en repostería de merengues y biscochos, de alfajores y bienmesabe, pastillas y alfeñiques, que hacían o hacen las delicias de hogares respetables y tranquilos.

Esta mujer, de quien con seguridad me hubiera enamorado con euforia, de haberla conocido, mostró su rostro a todas las luces. En él, de una belleza imponente como imponente era su talento, estaban reunidas para formar una luz única, todas las luces sorprendentes de su espíritu.

Sus manos adorables y adoradas por miles y miles de personas, si no supieron de la habilidad que excita y endulza el paladar, pudieron endulzar y excitar, por su sortilegio irresistible, a propios y extraños, a simples y doctos.

Música sangre de ancestro

Fué una realidad tan inesperada y lógica, extraña y natural, que diría que fué un "milagro musical venezolano", como antes dije, y mucho se ha repetido esta, mi frase, al referirme a ese grupo de músicos que en Chacao y en el siglo dieciocho enjoyaban de pureza y clasicismo el pálido y yermo ambiente americano. Y no es por azar que arranque del recuerdo el de los músicos coloniales. Todo lo contrario..... Ahora que Teresa Carreño, me mueve y estremece con el relato y vibración de su vida ardorosa; la magia oculta y presencia recordada de su talento, patinado de sabidurías musicales, debo señalar el entronque directo, por

familia y tradición, con esos viejos maestros. Autores de partituras, nunca lo bastante admiradas, por nobleza y calidad de sus músicas. Papeles amarillentos inquietando de temblor las manos al querer descifrar sus notas y decir. Y al mostrarse corpóreas, en voces humanas y timbres de orquesta, el espíritu se agita nutriéndose en intimidad de genio.

Tal vez las mismas obras que aromaron el apacible ambiente cuyo paisaje, —naranjales y cromático colorear de trópico—, golpeaba en le pecho de montaña y gran señor, — El Avila—, en la hacienda de don Bartolomé Blandin. Allí esas músicas se hermanaron con las de Haydn y Mozart. Lo mismo que sus aromas se mezclaron con la fragancia irresistible de la primera taza de café servida para el padre Sojo y sus amigos. Y entre los amigos del padre Sojo, sangre y vértebra de la música de Venezuela, se contaban a José Cayetano Carreño y Juan de la Cruz Carreño. El primero Maestro de Capilla de la Catedral de Caracas. Autor de una delicada Elegía, el segundo. Hijo del primero, era José Cayetano, nacido en 1766, o simplemente Cayetano. De una transparencia y justeza musical revelada en su "La Oración en el Huerto", cuya perfección y espontaneidad nos hacen pensar "en Haydn Era, este Cayetano, abuelo de Teresa. Hija, de su hijo Manuel Antonio, de quien se conserva un delicioso, ingenúo y severo Manual de Urbanidad, y de Doña Clorinda García de Sena y Toro, familiar de Bolívar. La seriedad musical de su padre, la distinción del ambiente hogareño sin fronteras para la música, la poesía, la filosofía y la cultura, contribuyeron en la inclinación de la pequeña Teresa, nacida en Caracas un 22 de Diciembre de 1853, y asimismo determinante decisivo fué el ancestro de tradición de su familia de músicos.

PREDESTINADA EN SU MUNDO.

Sus padres advirtieron, teniendo la niña meses de edad, los síntomas inequívocos de la vocación musical. Alborozados y tiernos, alegres y maravillados, soltaron el lazo de la fantasía, subrayando el mas insignificante detalle, pero sin haber malogrado nunca el talento y genio de la hija en cuya frente una estrella tenía brillo de metales preciosos.

Contaban a todos los que los quisieran oír lo gracioso de la gracia de la pequeña de sus desvelos. El movimiento rítmico de la cabecita y manitas, cuando se hacía música. El silencio y atención en el escuchar partituras, como si estuviera aprisionada en sutilísimas redes invisibles. La escogencia y preferencia de juguetes que sonaran, o por lo menos, contribuyeran a la zalagarda infantil, dulce tormento de padres felices. Apenas daba sus primeros pasos y la plasticidad y cadencia de la danza fluía con soltura de junco y vibración de hoja en su cuerpo inmaculado. De sus labios nace el canto, antes que las palabras de odiosas y limitadas demarcaciones. Sus inocentes dedos trataban, entre teclas blancas y negras, coordinar melodías. selva de sonoridades maravillosas. Formar acordes. Desbrozar una selva de sonoridades maravillosas. Búsqueda de un mundo que ha de ser el propio y de toda la vida. Manuel Antonio, con sabiduría y firmeza, lo ha de guiar en esta penetración musical. A los cinco años esta pequeña niña acariciada de esperanzas, empieza los deberes inludibles y penosos, requeridos para ser una gran pianista.

Pero era tan gozosa su inclinación, tan definido su talento, que dos horas en la mañana y dos horas en la tarde, mientras otros niños estaban en plena algarabía de jugaretes cotidianas, transcurrían sin esfuerzo para

ella. Primero fueron los ejercicios escritos por su propio padre. Consultaban progresivamente todas las dificultades pianísticas. Después, los impresionables, —Czerny y Bertini—, en todos los estudiantes del piano, hasta llegar a Bach, Beethoven y atacar a los virtuosos, Chopin y Liszt, ya en plano de concertista verdadera.

FRAGILIDAD Y VIGOR ANTE LOS PUBLICOS.

El mundo debía conocer este prodigio. La niña pianista venida de tierras venezolanas. De orquídeas y revoluciones bárbaras. De luz clarísima, definiendo formas y colores de vibración esplendorosa. De política agresiva y enmarañada, en obscuridad de decenas y decenas de años. El público de Nueva York el 25 de Noviembre de 1862, queda en pasmo ante el talento, elegancia y genio del infantil prodigio de fragilidad de pétalo y vigor de tempestad. De ese instante ha de conmover al mundo entero.

Y desde entonces también, ha de tener su público cada vez mas seguro, acrecentándose en fidelidad. Mayores y pequeños, quieren conocer y oír este potente. El propio Lincoln en la Casa Blanca, ha de enternecerse hasta las lágrimas oyéndola. La pequeña interpretaba su canción favorita, ornamentada con variaciones de sorpresiva imaginación. Un año después, solista de la Orquesta Filarmónica de Boston. Luego irá a Cuba. Nuevamente, Nueva York. Por fin, Europa. París, Londres. Enumerar es algo inútil tratándose de artistas, ya que la tierra es pequeña y su mensaje es eterno.

HOMENAJES Y ANGUSTIAS.

En la admiración por ella, se han de aprisionar los selectos, grandes y predestinados. Goltschalk y Anton Rubinstein, esos dos titanes del piano la saludan

de igual a igual. Después Mac Dowell, Rossini, Joachim, Rither, von Bulow, Grieg, Gounod, Saint-Saens, Damrosch, Brahms, Liszt... Su presencia era tan poderosa que nadie podía descomocerla.

Pero con todo, no pudo librar se de empresarios inescrupulosos. De críticos arbitrarios. De errores y atrevidas aventuras. Esas compañías de óperas que formó, donde ella misma cantaba admirablemente para significarle un desastre a su improvisado rol de empresario. Los apuros de dinero, las angustias y la maledicencia, no hicieron mella en su duro carácter de acero.

AMOR EN PLENITUD

Logró todo lo que una artista puede desear. Ella, con sencillez así lo cuenta. No le escatimó a la vida placeres. Ni mucho menos al amor. Su temperamento de artista encerrado en un cuerpo de mujer hermosa, estrémecido por la sangre y misterio del trópico, debe haber tenido sabor a mandarina y suco fragante, a durazno de carne endurecida y suavidad de terciopelo; a cereza que diente muerde, y no olvida jamás. Teresa amaba arduosamente. Con plenitud de tierra feraz. Con limpieza de agua que fructifica. Con ternura de mujer enamorada. Con la alegría gozosa que solo el amor puede avivar. Y si hubo gozo de alegrías, el amor avaro en sus generosidades, le trajo torturas, tristezas y dolores. Cuatro hombres y cuatro nombres. —Emile Sauret, Giovanni Tagliapietra, Eugen D'Albert, Arturo Tagliapietra—, clavaron sus puntos cardinales en la rosa de su cuerpo y en el aire de su espíritu.

Los hijos de estos, — sus amores — supieron de la delicada caricia de esta madre incomparable. Sus viajes continuos sus numerosísimos conciertos, sus preocupaciones en la vida musical, sus relaciones de sociedad, sus alumnos, jamás nunca le impidieron tener siempre presente a sus niños adorados, para que

nes se entregaba en el hogar, en los mas absurdos afanes.

REGRESO AL REGAZO DE LA PATRIA.

La mujer está en la plenitud de sus encantos. La artista en la mas radiante luminosidad del talento. Por entonces — 1885 — viene a Venezuela accediendo a una invitación especial del Gobierno. El entusiasmo es frenético. Recibimiento, soberbio. Bandas de música, flores, discursos, comidas, brindis, homenajes y toda esa fastidiosa programación, conocida y habitual. Pero el entusiasmo pasa. Y Teresa Carreño, mimada por los públicos de Europa y Norteamérica, se estrella en su tierra con el mas grande de sus fracasos. Encuentra el sabor amargo de la amargura mas amarga. Nunca olvidara que hubo que suspender conciertos anunciados por no interesar al público. Estaba ausente el aire que los pulmones de su arte exigían para respirar. Y hubo en cambio, en torno de ella, la frase equívoca. Ese murmurar calladamente que teme a sus propias palabras. La maledicencia infectada de pecados no confesados. Pobre y dulce Teresa..... Este aire de fragancia de cadáveres, roía la suela de sus zapatos patinados de viajes y tierras generosas. Ya en vida, no ha de volver mas nunca a su patria. Y Venezuela presente, en la ausencia, en lo mejor de su espíritu. "Dormir en el regazo de la patria el sueño de la tierra", exclama a menudo. Y a esta tierra que recibirá muchos, pero muchos años después sus cenizas sagradas, la engalana con laureles de gloria, le entrega el brillo de siglos de venezolana ilustre.

ARTE DE RECUERDO IMPERECEDERO.

Los que oyeron tocar el piano familiar de conciertos, sintieron animarse por el aliento divino de cosas recién creadas. Brahms en un elogio definitivo le llama simplemente "un pianista", en

vez de una pianista. Y los que tuvieron el placer inmenso de escucharla, recuerdan su arte con emoción. Tal es el caso de Claudio Arrau, tan genial como generoso. Al evocar a Teresa Carreño me decía, que conserva intensamente en sus raigambres emotivas de niño, las interpretaciones de la venezolana. Era tan sutil y perfecta y hacía tales cosas, que ya no eran de esta tierra, sino atributos del cielo. Y otro pianista incomparable, el español Ricardo Viñes para quien español Ricardo Viñes para quien Ravel y Debussy escribieron gran número de sus mejores obras, analizaba en una de nues tras tertulias, con elegancia y autoridad, la técnica pianística de la Carreño. Su respeto, admiración y entusiasmo, se trocaba siempre en euforia españolísima.

POR LA ESTELA DE SU NOMBRE.

Miles y miles de escritos, de crónicas y artículos, firmados por los mas selectos musicólogos, críticos y estudiosos, nos dicen de su arte imponderable. El vigor de su fuerza viril y maciza. La seguridad de su mecánica, fluida y natural. La intensidad de su sonido, colorístico y controlado. Pero si todo lo que es inherente al pianista mismo era perfecto, sus interpretaciones poseían, tal elegancia y fidelidad, como si todo el viejo señorío de la música, al igual que las hadas que confieren virtudes en cuentos y leyendas de nuestra infancia alborozada, se hubiera conjugado para donar sus mas preciados tesoros a una de sus hijas predilectas.

De su muerte nada sé. Solo la fecha, el 12 de Junio de 1917 y la de la repatriación a Caracas de sus cenizas sagradas, al 15 de Febrero de 1938. Con esto me basta. Porque Teresa es para mí, vida, luz y aire. Y siempre quedará en el tiempo y en el arte, la estela luminosa de la estrella de su frente, con brillo de metales preciosos.





Con la dulce carga de su pequeño...



Teresa Carreño, de una belleza imponderable como imponente era su su talento.